AVIVAR NUESTRO DESEO DE CAMBIAR

[Lucas 13, 1-9]

En la 3ª Semana de Cuaresma, la Liturgia invita a profundizar un poco más en la preparación para este tiempo, proponiendo que reflexionemos sobre la necesidad que todos tenemos de conversión y sobre la posibilidad que hay en nosotros mismos de avivar la disposición a cambiar.

Para hablarnos del arrepentimiento, del cambio, el evangelista (Lucas 13,1-9) junta la situación de desgracia vivida por dos grupos de personas y la posible desaparición de una higuera que no da fruto. A simple vista parece que este Evangelio no ofrece ninguna buena noticia, y no es así ¿Acaso el pecado, la culpa o la poca fecundidad tienen la última palabra en la vida, en la salvación? ¿No es la gracia y la misericordia la palabra definitiva de Dios?

Jesús aborda sin rodeos en este Evangelio el falso concepto sobre pecado y salvación cuando se atribuyen las desgracias a la condición de pecador/impuro o la felicidad a la condición de agraciado/puro. La plenitud y la salvación no dependen de nuestros méritos, sino de la gracia y misericordia de Dios que no prescinde de nuestra cooperación en favor de la vida, lo cual amerita estar atentos, conversión y arrepentimiento.

Jesús nos dirá, a partir de la tragedia humana, que la desgracia o el dolor no pueden entenderse como castigo del cielo sino como ocasión para el arrepentimiento. Dios es Padre de buenos y malos, de justos y culpables. Y nos dirá también, a partir del cambio esperado en la higuera infructuosa, que contamos con el cuidado de Dios, pero que de nosotros depende hacer nuestro camino de transformación, de conversión.

En la puerta de entrada a la Iglesia Divina Pastora (Caracas) hay un letrero muy visible que dice: ***"nadie es tan malo que no pueda entrar y nadie tan bueno que no lo necesite"***. Y es cierto, porque nuestra primera y principal verdad es que todos somos buenos, pero la segunda y principal es que todos necesitamos cambiar. Compartimos la misma verdad: virtud y fragilidad. Convergemos solidarios en una misma condición: pecadores convocados a la gracia.

Jesús no niega las consecuencias del pecado ni quita peso a la culpabilidad. Pero, pensar que la tragedia o la felicidad sean castigo o premio del cielo, es evasión y desentendimiento de la vida. Los hechos de nuestra vida y cuánto más las desgracias necesitan ser interpretadas a la luz de la fe. Porque Dios quiere que el pecador, todo pecador, se convierta y viva, y que descubra por sí mismo lo que es justo, lo bueno, lo santo, en definitiva, lo que da plenitud humana y espiritual.

Con mucha facilidad corremos el riesgo de considerarnos puros, limpios, perfectos y considerar que son los otros los que deben cambiar, o peor aún, a veces nos apresuramos a arrancar, eliminar, descalificar, incluso personas. Sin embargo, en la parábola de la higuera infructuosa queda bien claro que Jesús no actúa así. Él, como viñador, prefiere seguir haciendo todo lo posible por ayudar a que nosotros mismos logremos los cambios y transformaciones necesarias. Él sabe de apuestas en la fe.

Este tiempo de Cuaresma es un tiempo para que avivemos nuestro deseo de cambiar, de arrepentimiento, de conversión y, sobre todo, de profundas transformaciones. Si nos atrevemos a hacerlo, con toda seguridad despertaremos a una vida diferente, más justa, más solidaria, más fraterna y, con certeza, a mejor y mayor niveles de vida.

Puedo terminar la Homilía con este texto.

Aún Estás a Tiempo

Aún estás a tiempo para comenzar de nuevo, aceptar tus sombras, entender tus miedos, liberar el lastre, retomar el vuelo.

Continuar el viaje, perseguir tus sueños, destrabar el tiempo, correr los escombros y destapar el cielo.

Aunque el frío queme, aunque el miedo muerda y se calle el viento: aún hay fuego en tu alma, aún hay vida en tus sueños.

Porque esta es la hora y el mejor momento. Porque no estás solo. Porque cada día es un comienzo nuevo.

(*Cf. Mario Benedetti*)